

en la demanda?—Juramos, respondieron aquéllos.—En horabuena, añadió Céspedes, sois unos patriotas valientes y dignos. Yo, por mi parte, juro que os acompañaré hasta el fin de mi vida, y que si tengo la gloria de sucumbir antes que vosotros, saldré de la tumba para recordaros vuestros deberes patrios y el odio que todos debemos al gobierno español. Venganza, pues, y confiemos en que el cielo protegerá nuestra causa.

Atrozadores vivos contaron al héroe.

Este entonces procedió a la organización de la fuerza: nombró jefes, colocó a cada cual en su puesto, dictó disposiciones para la marcha y procedió a registrar el armamento. Este se componía de algunas escopetas, deterioradas, trabucos, revólvers, machetes y una especie de lanzas formadas de pedazos de machetes afilados y puestos en astas de yayas: total 120 armas.

El ejército se puso en marcha.

Era la mañana del 10 de Octubre de 1868. El primer pensamiento de Carlos Manuel fué el atacar a Manzanillo y apoderarse del armamento—700 fusiles—que existía en el fuerte de esa villa; pero respetando la tranquilidad de las familias de los patriotas que se hallaban en ella, por una parte, y queriendo por otra testificar al mundo que su movimiento era contra el Gobierno y no contra los españoles, aunque sabía que éstos se hubieran armado contra él, desistió de aquel pensamiento y se dirigió a las sierras de Naguas con el objeto de reunir toda

su fuerza y dar forma al movimiento.

Una de las partidas que debía reunirse era la de Yaribacoa, compuesta de 400 hombres y dirigida por los hermanos Bartolomé e Isaias Masó, los Suástegui y Juan Ruz y Angel Maestre. Esta partida se había puesto en marcha para reunirse al caudillo cubano, y, encontrando en el camino el correo que iba para Bayamo, trató de apoderarse de él. El correo pudo escaparse, y volvió para Manzanillo poniendo en conocimiento del gobernador lo que le había pasado.

El jefe español palideció, é inmediatamente se dirigió al cuartel y mandó a tocar generala. A este toque el pueblo se alarma, los voluntarios peninsulares y algunos cubanos, degradados acuden armados al llamamiento, los establecimientos públicos se cierran y la población es declarada en estado de sitio. Todo es susto y confusión: el rostro de los cubanos expresa curiosidad, quizás un mal reprimido entusiasmo; el rostro de los españoles, el espanto y el terror.

Desde aquel momento quedó profundamente abierto el abismo de odio y de venganza que separa a los seides del gobierno y a los patriotas cubanos. Aquellos querían tratar a estos como a verdaderos esclavos: la simple denuncia del más sucio tabernero era suficiente para encarcelar y encausar al más distinguido cubano, llegando al extremo de que el gobernador en persona redujo a prisión a tres importantes personajes por sólo crimen de haber nacido en Cuba y ser hombres de posición y de influencia.

Tal fué el primer día de nuestra gloriosa revolución, día que hace latir nuestro corazón de orgullo y de esperanza, y que formará sin duda una de las brillantes páginas de la historia del Nuevo Mundo.

El guante está arrojado: ¿habrá cubano tan infame que se baje a recogerlo? No. Ese guante sólo puede recogerse con la punta de la espada: e se guante sólo puede ser recogido el día en que termine nuestra lucha.

Mientras tanto, grabémos en nuestros corazones estas tres palabras que formarán el glorioso epílogo de aquel gran día.

Luchemos. — Confiemos. — Esperemos.

JOSÉ M. YZAGUIRRÉ.

RASGOS EPICOS.

(FRAGMENTOS DE UNA EPOPEYA)

MAXIMO GOMEZ

Se habían quedado atrás, como símbolos de la pujanza patria.

La retirada magna de Villegas, desde las llanuras infinitas de Santa Clara hasta los remotos desfiladeros de Occidente.

La marcha apocalíptica a través de la Sierra Maestra—conduciendo heridos a Marcano el invicto y a su hermano Félix—en la cual quedó sepultada la brillante juventud de Holguín y de Bayamo.

Y, por último, la salvadora retirada, émula de las más resonantes de la historia, con que MÁXIMO GÓMEZ atravesó sin perder un solo hombre la dilatada extensión, por senderos rocallosos, de Hol-

guín a las Tunas, llevando como únicos pertrechos los escasos tiros de revólver de sus altivos y generosos Ayudantes.

Se habían quedado atrás en la epopeya para abrir campo triunfal a la tarde gloriosa de "Palo Seco", y desatar, en memorable ovación a su bandera, los ecos inmortales del clarín guerrero en la llanura.

La vil denuncia de un presentado de alma raía conducía a paso de vencedores las huestes españolas del teniente coronel Vilches al seno mismo del abundante parque militar de Vicente García.

Se iba a descargar sobre la Revolución un golpe satánico. Evitarlo era salvarse.

¿Pero quién podría evitarlo? MÁXIMO GÓMEZ marchaba en dirección opuesta, a larguísima distancia, y en jornada decisiva, para tomar a Guaimaro. De repente le sorprende en el camino la noticia alarmadora. Y en un rasgo de intrépida resolución,

de esas que arrastran la victoria a despecho del destino, ordena la asombrosa contramarcha gritando a sus ginetes invencibles:

"A las Tunas! y fuera bridas!"

Empuja la vanguardia con ímpetu violento y la dicta lanzar a todo escape sus caballos para detener y cargar al divisarlo el enemigo.

Envueltos en la inmensa polvareda del camino y en vertiginosa carrera los valientes, refulgiendo a la luz meridiana el brillo de los sables siniestros, el galope semejaba la avalancha incontrastable de las olas de la mar en berriasea aterradora.

Llegan a la sabana inmortal. Alcanzan y sorprenden las fuerzas españolas. Maravillan éstas de la osadía misteriosa de sus contrarios, cuando de súbito aparece, cual meteoro de la guerra, MÁXIMO GÓMEZ, para dividir de un solo tajo el aguerrido batallón *Valmaseda*.

Confundidos en pugilato formidable los jinetes de uno y otro bando, arrojan los cubanos la caballería española sobre sus líneas de infantes que desbaratadas, acuchilladas y confusas, rinden la vida en aquel campo siniestro, dejando en su derrota 507 muertos, 53 prisioneros, armas, provisiones y pertrechos, como signos indelebles de su inmenso desastre.

Rasgo inmortal que salvó gloriosamente en "Palo Seco" a la luz del 2 de Diciembre de 1873, el parque militar de Vicente García, y con el cual ofrendó MÁXIMO GÓMEZ la más estupenda victoria a la bandera de los libres!

FRAY GERUNDIO.

ESPEREMOS.

El día de las grandes liquidaciones se acerca. La hermosa Libertad ya a rasgar con sus ensangrentados dedos el negro sudario que cubre el Derecho de la preciosa Antilla.

Las simpáticas figuras de Narciso López, Plácido, Pintó, Goicouria, Estrampes y Agüero saludan a las de Carlos Manuel de Céspedes, Donato Mármod, Francisco Machado, Ignacio Agramonte, Bernabé Varona y Honorato Castillo, y éstas a su vez tienden los brazos a las de José Martí, Marcos, Antonio,

MUERTE

DEL GRAL. ANTONIO MACEO

RELATO DEL SUCESO

POR EL GRAL. JOSÉ MIRÓ, JEFE DE E. MAYOR

Seguido de una refutación a la farsa oficial.

ANTECEDENTES.

La permanencia del general Maceo en Pinar del Río no podía prolongarse por más tiempo; los intereses del ejército y las necesidades de la campaña reclamaban su enérgica intervención personal en otros puntos del teatro de la guerra, donde la lucha armada languidecía por defectos de organización; al paso que el enemigo cada vez más envalentonado hacía impunemente atrevidas correrías.

De estos y otros males mayores se lamentaba el General en Jefe en sus cartas oficiales dirigidas al Lugarteniente del Ejército, excitándolo vivamente a que, para atacar aquellos agentes de descomposición, cruzara la trocha del Mariel tan pronto quedase asegurada la comarca occidental. Mediaba, pues, una orden expresa de supe-

rior, aparte de las circunstancias indicadas, lo cual era bastante para que el general Maceo se apresurase a llevarla a cabo en cumplimiento del deber militar, no desmentido en ninguna ocasión de su limpia y gloriosa historia.

Por otra parte, la jefatura del ejército español, que cifraba en la tan nombrada Trocha el éxito de sus ulteriores planes, disponíase con numeroso contingente a emprender activas operaciones durante la campaña de invierno; y a ello forzosamente tenía que oponerse nuestro ilustre caudillo por cuantos medios estuvieran a su alcance.

Si lo esencial para Weyler era la campaña de Pinar del Río, en su vano empeño de pacificar éste territorio, y encaminaba por lo visto sus intentos a estrechar el núcleo de la rebelión entre dos líneas fortificadas, objetivo no menos irrealizable, entraba en los planes del general Maceo extender progresivamente las operaciones hasta

el límite opuesto (la trocha de Júcaro a Morón), con lo que se prometía distraer algunos miles de soldados del extremo occidental, trayéndolos a remolque por el vasto territorio de Las Villas después de haber anulado la fama militar de Weyler. El plan trazado no podía ser más bello, ni de efectos más concluyentes su realización.

Mientras Weyler empeñaba imaginarios combates con el jefe insurrecto y zurría hiperbólicos partes de supuestas funciones de guerra, en las que el heroísmo y la abnegación de sus tropas habían rayado a gran altura, Maceo—derrotado una vez más en las célebres lomas de Tapia y perseguido tenazmente hasta lo más impenetrable de la sierra—aparecía de improviso en la provincia de la Habana, sembrando el pánico entre los elementos españoles. Por mucho que se forzara la inventiva oficial para desfigurar la verdad de los sucesos, no se lograría hacer subsistir por más tiempo la farsa en frente de un acontecimiento tan ruinoso como inesperado.

Las patrañas que diariamente publicaba la prensa española acerca de la situación de los rebeldes en Pinar del Río: "diezmados por las balas, misérrimos, oprimidos por el CINTURÓN DE BRONCE de la Trocha inexpugnable," y la idea de que esas versiones, día tras día propaladas, pudieran tomar cuerpo en la opinión de nuestros parciales en el exterior, influían por manera distinta en el ánimo del General Maceo, ya interesando su amor propio, ya avivando sus deseos de ofrecer al mundo un nuevo motivo de irrisión para la jactancia española.

El enemigo, por medio de sus órganos oficiosos, alardeaba incesantemente; de la Trocha había hecho el monumento de sus glorias, servía de fuente de inspiración a la musa tabernaria de los cuarteles, y los panaguados de Arolas, con salario y sin él, cantaban en diverso metro las proezas de este fanfarrón, reducidas a diarios paseos en carraje por la calzada de Guanajay. Arolas, más

quijote aún que Weyler, acababa de lanzar la baladronada de que "hablarle a él y a sus valientes soldados de la posibilidad de pasar la Trocha por las huestes de Maceo, lo consideraba como si un desalmado infiriera en presencia de ellos un ultraje a sus madres;" concepto tan difuso como estrafalario, pero que mereció los honores de la publicidad con el dictado de PENSAMIENTO BELLÍSIMO.

Y sin embargo, ese mismo mantenedor de la lealtad española, había tratado por diferentes medios de celebrar una entrevista reservada con el general Maceo, dándole a elegir el punto de cita, siempre que fuese dentro del perímetro fortificado, porque más allá sería comprometer su reputación, mas brindándole todas las seguridades que caben entre caballeros militares. Con anterioridad había dicho en la tertulia de sus íntimos que sentía gran admiración por Maceo. Corrió nuestro Jefe no se dió por

(Continuará.)